AÑO II — BUENOS AIRES 11 DE JUNIO DE 1923 — N.o 73

BIBLIOTECA "F.V." S.A.I.C.

LA PROTESTA

Precio 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL Porte pago

U. Telefónica 0478 B. Orden -- Redacción y Administ.: PERÚ 1537 -- Valores y giros a A. Barrera

Crisis idiológica

Porque el factor económico es preponderante en esta sociedad groseramente materialista, se ha llegado a relegar a un segundo término la lucha por conquistas morales. Vivimos en el siglo del capitalismo y del proletariado. Y en esos dos polos opuestos parece concentrarse toda la fuerza destructora y creadora que impulsa a los pueblos en sus avances y retrocesos...

Si bien las luchas que se suceden en el terreno económico, además de necesidades perentorias interpretan un grado de cultura popular, ¿no es bien cierto que el problema social no puede ser reducido a una simple cuestión de salarios? He ahí un asunto que no todos los revolucionarios tienen en cuenta, ya que revolución es para muchos subversivos el acto de violencia, el despojo de los actuales amos para poner en su lugar a los trabajadores. ¿Acaso no se valen de ese simplismo popular, de esa creencia en el fácil y rápido cambio de papeles mediante una revolución proletaria, los que propician la toma del poder para instaurar el régimen de la dictadura del proletariado y del comunismo?

La fórmula económica que han hecho suya los dirigentes del comunismo de Estado — "el que quiera comer que trabaje" — interpreta un estado especial de ánimo y responde a ese propósito de prevalencia del medio material de producción. Pero en realidad la fórmula no interpreta un hecho social — no es tampoco una tesis ideológica capaz de establecer límites entre el trabajo y la holganza —, ya que los que de ella se sirven para imponer su jefatura y edificar un Estado, son los primeros en subvertir el concepto proletario de esa premisa económica.

Puede decirse que las revoluciones de esta hora son puramente económicas. En el terreno económico se rinde la diaria batalla entre el capitalismo y el proletariado. Pero como la clase trabajadora no representa una unidad ideológica independiente de las organizaciones políticas y de los grupos ideológicos — como no se llegó a concretar en una fórmula única el problema social en su aspecto político y económico —, de ahí que el factor material que determina las agitaciones populares, sirva de "medio" para desenvolver su acción los aspirantes al poder.

El resultado de esa traslación del frente económico al frente político, es la derrota del proletariado como clase que aspira a su total emancipación. El triunfo del partido más avanzado no significa que el problema económico haya encontrado la fórmula solucionadora. Simplemente se opera un cambio político debido a la aparición de nuevas figuras en el escenario social. ¿Y qué ventajas obtiene el asalariado con la creación de un gobierno que se afianza en su sometimiento y en su esclavitud?

Ahí está, en esa realidad social, el fracaso de las revoluciones económicas de esta hora. El factor material que las determina, no crea por sí mismo valores revolucionarios, cualidades morales, aspiraciones y anhelos conscientes y altruistas; provoca únicamente la rebeldía instintiva de las masas y prepara el ambiente a los profesionales de la política, a los aspirantes al poder y a los oportunistas de la revolución.

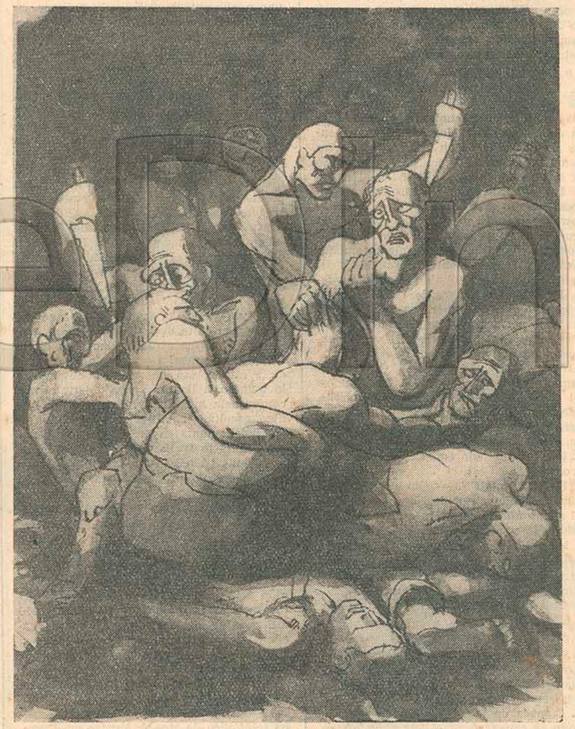
Como consecuencia de esa inconsciente rebeldía de la masa, que aumenta en potencia cada vez que azota a los pueblos una grave crisis económica, puede decirse que la revolución social — integralista, libertadora — está más lejana cuando mayor violencia emplean los trabajadores en sus luchas contra el capitalismo. ¿A qué se debe este aparente contrasentido? Precisamente a la prevalencia del factor económico en una lucha que realmente no puede llegar a soluciones económicas independientes de los programas máximos o mínimos de los partidos marxistas.

Si alguien dudara de este aserto, tiene una prueba irrefutable en las revoluciones prologadas en el golpe de Estado bolcheviqui, el primer paso hacia la dictadura política del proletariado para afianzar su sometimiento económico. La crisis ideológica se acentuó con el trinfo de los comunistas autoritarios. Y la trayectoria de las revoluciones y contrarevoluciones que se sucedieron desde 1917 a la fecha, nos fué marcando en el cuadrante social ese retroceso ideológico, que aumenta en intensidad a medida que la agitación crece en las filas del proletariado.

De nuevo vuelve a tener prevalencia el factor económico en las luchas del proletariado. Alemania, la más azotada por esa grave crisis que estremece a Europa en contínuas convulsiones, está al borde de la revolución. Pero esa revolución proletaria, cuyo fermento económico es bien visible, no podrá ofrecer una solución inmediata del complicado problema social. A lo sumo se servirán de ella los profesionales de la política, para tentar un golpe de Estado que les ponga en las manos el poder político y seguir la trayectoria de las contrarrevoluciones económicas que suceden al triunfo de una minoría cualquiera.

En esa realidad desoladora está la importancia que tendrá en el futuro la propaganda anarquista. La actual crisis ideológica no se prolongará por mucho tiempo. Con la ilusión de las conquistas fáciles, desvanecidas al contacto con la realidad, vendrá abajo todo el fantástico castillo de la dictadura proletaria, y entonces seremos nosotros los únicos que ofreceremos la esperanza de una conquista que solo podrá realizarse cuando el proletariado adquiera la noción de su propia responsabilidad.

PAZ MUNDIAL...



...y un telegrama de Europa

DE TOLSTOÏ

Todos nosotros, semejamos pasajeros de un navío de escala en una isla cualquiera. Desembarcados, nos paseamos por la playa y recogemos conchillas; pero, en todo momento, debemos acordarnos que apenas la sirena lance su llamamiento, será necesario arrojar las conchillas y volver de prisa a bordo.

* * *

La dicha consiste, no en hacer siempre lo que tú quieres, sino en siempre haber querido hacer lo que tú haces.

* * *

Nuestros sentidos — el tacto, el oído, la vista, etc. — experimentan sensaciones a veces desagradables, por ejemplo: un golpe violento, un gusto amargo, un ruido aturdidor; bien, esta es la manera cómo a menudo actúa sobre nosotros el arte contemporáneo; no por su contenido, sino por esa irritación malsana de nuestros sentidos. Un paladar estragado necesita mostaza. Lo mismo ocurre en el arte. Es necesario trazar el límite tras el cual se encuentra esa mostaza del arte, y creo que es un problema muy serio. Es muy difícil resolverlo, sobre todo en pintura.

* * *

Las mujeres tienen un gran vicio: el egoísmo de la familia. Es un egoísmo terrible porque nos impele a las más grandes crueldades en nombre del amor: ¡qué todo perezca, pero que mi hijo sea feliz!...

León Nicolaievitch compra la vida conyugal a una pequeña barca que conduce dos personas al azar de las olas furiosas.

Cada uno debe mantenerse tranquilo y no hacer movimientos muy bruscos, si no la barca naufragará.

* * *

Si se preguntara a alguien: ¿Toca usted el violín, y que él respondiera: "Lo ignoro; nunca lo he tentado; tal vez sepa", todo el mundo se burlaría de semejante respuesta. Sin embargo, hablando de literatura, se dice siempre la misma cosa: "Ignoro... nunca he ensayado"; ¡cómo si bastara ensayarlo para convertirse en escritor!

VICTIMAS DEL PODER COMUNISTA

Los anarquistas en Rusia.—Fusilados, asesinados y muertos en prisión

1—ALEXEIEFF. — Obrero metalúrgico de la fábrica Trubny en Samara. Anarquista desde antes de 1917. Desde 1917 militaba en la Federación de Samara. En 1918 es arrestado por los bolcheviquis. Al acercarse las tropas tchecoeslovacas, los anarquistas de Samara intentaron libertar a sus camaradas en prisión. Alexeieff estaba entre los encarcelados y fué asesinado por los comunistas en la masacre. Al día siguiente las autoridades comunistas abandonaron la ciudad.

2—ANGARETZ. — Obrero. Estaba condenado a trabajos forzados a causa de la revolución de 1905. En 1917 fué uno de los organizadores de la Conferencia de los antiguos forzados políticos, (que tuvo lugar en Moscú). El asunto de la conferencia fué la guerra. Se adoptó en ella la resolución propuesta por él y algunos otros anarquistas relativa al boicot a la guerra. En junio de 1919 fué detenido en los alrededores de Alejandrovsk, bajo la sospecha de agitación contra el poder sovietista. Fué transportado a Kiev y fusilado por orden de la tcheka.

3—ARONTCHIK. — Obrero. Anarquista desde antes de 1917. Militante en la Federación Anarquista "Nabat" en Gulai-Polié y en otras ciudades de Ukrania y de la Gran Rusia. Fué arrestado varias veces por los comunistas. En su última detención fué puesto en libertad conforme al contrato de los guerrilleros revolucionarios (machnovistas) con el poder sovietista y marchó a la región de Gulai-Polié para dedicarse a un trabajo cultural. En noviembre de 1920, después del traidor golpe de mano contra los anarquistas de Ukrania, desapareció. Según las informaciones fué fusilado por el poder comunista.

4—BARANOVSKY Alejandro. — Obrero zapatero. Desde 1917 militaba en Ekaterinoslaw. Cuando la ocupación de Ukrania por los alemanes fué a combatir con el ejército rojo. En 1919 formó parte del grupo libertario ilegal de Moscú y fué uno de los autores del atentado al Comité de Moscú del partido comunista ruso. Se le fusiló en esa ciudad.

BARON Fany. — Obrera. Militante anarquista desde hacía más de diez años. Miembro de la Confederación de las organizaciones anarquistas de Ukrania "Nabat" Durante la reacción zarista había emigrado a América, donde tomó parte en el movimiento obrero. Iba en enero de 1915 en las primeras filas de la manifestación de los desocupados en Chicago y fué rudamente maltratada por la gendarmería. Por consiguiente, su fotografía como anarquista apareció en toda la prensa burguesa de Chicago. Fué miembro del grupo internacional de propaganda de las ideas libertarias. En América fué detenida varias veces como anarquista. En 1917 volvió a Rusia. Tomó una participación activa en todas las fases de la revolución rusa. En noviembre de 1920, en el momento de la reacción general contra los anarquistas, fué detenida en Karkow y llevada a Moscú. Al ser trasladada a la cárcel de Ryazán se evadió con otros nueve compañeros. En enero de 1921 fué detenida por la tcheka en Moscú y fusilada como cómplice en actos criminales antisovietistas en los que no tuvo realmente participación alguna.

6—BOGUCHE. — Obrero anarquista. Deportado de América con Emma Goldman y Alejandro Berkman y otros. Durante el acuerdo de los machnovistas con los bolcheviquis (noviembre de 1920) fué al campo machnovista para estudiar el movimiento. A causa de la ruptura que sobrevino pronto, no quedó en Gulai-Polié más que 5 o 6 das y volvió Karkow al comenzar las hostilidades. A pesar de eso fué inmediatamente arrestado y fusilado en marzo de 1921 por orden de la tcheka de Moscú. Este hecho no puede ser explicado más que por el deseo de los bolcheviquis de suprimir todo testimonio ocular de su golpe de mano traidor contra los machnovistas durante el convenio.

7—BURBYGA. — Obrero. Anarquista. En las filas de los guerrilleros revolucionarios a partir de 1919. Mandaba un destacamento en la lucha contra Denikin. Fué ante todo soldado del ejército revolucionario, no ocupándose de la "política" A consecuencia de la ordenanza número 1824 de Trotzky, que declaraba el movimiento machnovista fuera de la ley, el 12 de junio fué detenido por los bolcheviquis en el frente y fusilado en Karkow el 17 de junio.

8—DVIGOMIROFF. — Obrero metalúrgico. Después de la revolución de 1905 emigró a América, donde tomó parte en el movimiento obrero y anarquista.. En 1917 volvió a Rusia y militaba constantemente en el seno de las masas como propagandista y organizador. Recorrió a pié la mayor parte de Ukrania y de la Gran Rusia, siempre como organizador y propagandista anarquista infatigable. El poder sovietista lo arrestó varias veces. Ultimamente militó entre los campesinos de la provincia de Tchernigoff. Organizó varias cooperativas campesinas de trabajo. En la provincia de Tchernigoff, la tcheka intentó en varias ocasiones detenerlo, pero los campesinos lo ocultaban. En 1921, Dvigomiroff llegaba a Novozybkof para tomar parte en una conferencia de los campesinos "sin partido". A la vuelta fué aprehendido en un campo por los agentes del poder sovietista y fusilado en el momento.

9 GAVRILENKO. — Obrero anarquista. En los primeros días de la lucha de los guerrilleros revolucionarios de Ukrania, entró en el movimiento y permaneció en él hasta el fin. Mandaba destacamentos de guerrilleros en las luchas contra Denikin. Desempeñó un papel eminente en la derrota de este último en el otoño de 1919. Durante todo el año 1920 estuvo preso en la cárcel bolcheviqui de Karkow. En octubre de 1920, en ocasión del acuerdo entre los bolcheviquis y los machnovistas fué libertado. Inmediatamente marchó al frente contra Wrangel y dirigió los combates del ejército machnovista. El 25 de noviembre de 1920 fué detenido traidoramente por los bolcheviquis con todo su comando en Sinferópol y algunos días después fusilado. Era un destacado talento militar.

10—GAVRILOFF Juan. — Obrero anarquista. Detenido en 1918. En ocasión del traslado de la cárcel de Butirka (Moscú) a la de Ryazán, el 29 de abril, logró evadirse con otros nueve anarquistas. Cayó de nuevo en septiembre de 1921 y fué fusilado con León Tchorny y otros.

11—GORDEIEFF. — Obrero de la fábrica de armamentos de Ijevsz, secretario del grupo anarquista de esa ciudad. Delegado a la conferencia de los anarquistas de la región de Kama, que tuvo lugar en Serapol. Gozaba de una gran simpatía entre los obreros de su fábrica. Habiendo rehusado someterse a un humillante reglamento de la misma, fué detenido por la tcheka y fusilado.

12—GOTMAN José (José el Emigrante). — Obrero. Emigró a América siendo muy joven. Se hizo anarquista en ese país y tomó parte activa en el movimiento libertario ruso y hebreo. Volvió a Rusia después de la revolución de febrero, donde se consagró en el sur a un activo trabajo de propaganda libertaria. Era un eminente organizador. Tomó parte en la guerra de los guerrilleros contra el hetman Skoropadsky. Fué uno de los más enérgicos militantes de la Confederación de las organizaciones anarquistas de Ukrania "Nabat" y miembro del secretariado. Los bolcheviquis lo detuvieron varias veces como anarquista. En septiembre de 1920 fué con otros camaradas desde Karkow a Starobelsk a casa de Machno, invitado por el gobierno sovietista de Ukrania, para dirigir las negociaciones con Maclno para la acción contra Wrangel. En el camino desapareció en la región de Milerevo, sin dejar rastro, con otros dos camaradas. Al mismo tiempo la sección especial de Karkow respondía a los pedidos de informes que los tres se encontraban en Starobelsk. Según las noticias recogidas después, Gotman fué asesinado traidoramente en el camino por los agentes del poder sovietista.

13—GRATCHOFF. — Anarquista. Mandaba el regimiento de Dwinsk. En la época de Kerensky fué arrestado con todo su regimiento por negarse a participar en la ofensiva imperialista sobre el frente austro-alemán. En la revolución d octubre desempeñó un papel decisivo en Moscú al desalojar a los "cadetes" de todos sus puntos de apoyo importantes. Los bolcheviquis, viendo en él una fuerte personalidad de oposición; que gozaba de una gran influencia en las tropas revolucionarias, le hicieron llamar con un pretexto cualquiera a Nigni-Novgorod donde fué asesinado por un soldado desconocido.

14—KATCHIRIN Tikon. Obrero, detennido varias veces antes de 1920 como socialista revolucionario de izquierda. Anarquista desde 1920. Arrestado en Moscú el 8 de marzo de 1921, en el momento del progrom contra los anarquistas. Hallándose detenido en la prisión interior de la tcheka, a consecuencia de una violenta protesta, fué golpeado hasta que perdió el conocimiento y la voz; pasó una noche entera en los subterráneos, en el hielo. Se le trasladó de Butirka a Jaroslaw, y después se le deportó a Tzarevokolchaisk, de donde se evadió. Fué detenido de nuevo en septiembre por la tcheka de Moscú y fusilado con León Tchorny como "monedero falso y anarco-bandido".

15—KARETNIK Simeon. — Campesino pobre de Gulai-Polié. Anarquista. Uno de los combatientes más activos en la lucha de los guerrilleros revolucionarios del distrito de Azoff. No salió de los combates desde mediados de 1918. Primero contra las tropas austro-alemanas, después contra las del hetman y las de Petlura, luego contra las de Denikin. Fué herido cinco veces. En el otoño de 1920 mandaba todo el ejército machnovista que luchaba contra Wrangel en Crimea. Pasó el estrecho de Sivach, rodeando así el istmo de Perekop por la izquierda, lo que determinó el éxito de la batalla. Ocupó Sinferopol y varias otras ciudades en el interior de Crimea. Después de la derrota de Wrangel, las autoridades sovietistas lo mandaron llamar para asistir a una conferencia militar. Durante el viaje que hizo, escoltado solo por algunos hombres, los bolcheviquis cayeron traidoramente sobre él y lo fusilaron en Melitopol.

16—KARATCHOFF Juan. — Joven obrero. Activo propagandista anarquista en el movimiento ukraniano. Miembro de la Confederación Nabat. Como anarquista figuró un año y medio en la lista negra de los bolcheviquis, es decir, no podía contratar en ninguna empresa del Estado. Durante el contrato del poder sovietista con los machnovistas, fué a la región de los guerrilleros con el fin de dedicarse a un trabajo educativo. No quedó allí más que algunos días y a consecuencia de la ruptura del contrato volvió a Karkow. En el camino, fué detenido por los bolcheviquis con sus compañeros y, según las informaciones, ambos fueron asesinados a sablazos.

17—KHODUNOFF. — Obrero de la usina telefónica de Moscú. Estuvo en el presidio como socialista revolucionario después de la revolución de 1905. Se hizo anarquista desde 1917. Gozaba de confianza y de una gran simpatía entre los obreros de su fábrica, de cuyo Comité era presidente. Durante los acontecimientos de octubre pasaba día y noche combatiendo a los "cadetes" desde las filas del regimiento de Dwinsk. En abril de 1918, en ocasión del progrom organizado por el poder sovietista contra las organizaciones libertarias de Moscú, fué detenido y asesinado en un reducto de la tcheka. Cuando los obreros de su fábrica exigieron el cadáver, la tcheka, tratando de simular el crimen, lo ocultó durante tres días. Finalmente los obreros lograron sus despojos a fuerza de insistencia; constataron en ellos: una bala en la frente, el rostro quemado, los brazos retorcidos y otros rasgos de torturas. En un informe periodístico la tcheka anunció que Khodunoff fué muerto en la calle porque había querido huir.

18 — KORTNEVA Lydia (llamada "Abuela"). 58 años. Condenada por el gobierno del zar como socialista revolucionaria a la deportación perpétua en Siberia, donde se hizo anarquista. Al principio de la revolución de 1917 militaba en la federación anarquista de Krasnoiarsk, luego en Kazan, y poco después murió de tifus en la prisión.

19—KOVALEVICH Casimiro. — Ferroviario. Participó activamente en la Federación anarquista de Moscú. Notable agitador y organizador. Tuvo un papel revolucionario eminente en las jornadas de octubre como miembro del Comité revolucionario de los ferroviarios de Moscú y del Comité Central Pan-ruso de la Unión de los ferroviarios. En 1919 emprendió una lucha activa contra el poder comunista". Tomó parte en el atentado de Leontievsky-Pereulok de Moscú, en septiembre de 1919. Fué muerto en la calle defendiéndose contra los que le querían detener.

20—LEPETCHENKO Alejandro.—Campesino. Uno de los guerrilleros revolucionarios más activos desde el veranó de 1918. Dirigió destacamentos de guerrilleros contra las tropas austro-alemanas y contra las del hetman antes de la aparición de Machno; más tarde entró en las filas del ejército machnovista. En la primavera de 1920, habiendo rehusado el ofrecimiento de entrar al servicio de los bolcheviquis, fué fusilado por ellos. En tiempos del zarismo estuvo deportado como anarquista.

21—MACHNO Sava. — Campesino de Gulai-Polié, hermano de Nestor Machno, el animador de los campesino revolucionarios de Ukrania. Hombre de edad. Tomó parte en la lucha contra las tropas de ocupación austro-alemanas, contra el hetman, contra Petlura y contra Denikin. En la primavera de 1920 fué arrestado en su casa por los bolcheviquis y fusilado. Se le fusiló con el exclusivo pretexto de que era hermano de Machno, porque no se había manifestado contra los bolcheviquis nunca y en nada. Dejó una familia numerosa.

22—MIKALEFF-PAVLENKO. — Antiguo oficial técnico. Miembro de la organización anarquista de Petrogrado. En 1919 llegó a la región de los guerrilleros con el fin de organizar compañías en el ejército de Machno. En junio de 1919, en la ofensiva general de Denikin, combatió heróicamente contra un enemigo mucho más numeroso. Realizó dos contraataques sobre las tropas de Denikin y las desalojó de Gulai-Polié. El 12 de junio fué detenido traidoramente por los bolcheviquis en el frente y fusilado en Karkow con Burbyga el 17 de junio de 1919.

23—POPOFF Victor. — Joven obrero, marinero. Antiguo socialista revolucionario de la izquierda. Luchó activamente en el sur contra Denikin con su destacamento de socialistas revolucionarios. Fué a la región de Machno, entró en su ejército y se hizo anarquista. En octubre de 1920 fué miembro de la delegación machnovista encargada de las negociaciones para el contrato militar y político con el poder sovietista. Fué detenido con toda la delegación en Karkow en noviembre de 1920, en ocasión del traidor golpe de mano de los bolcheviquis contra los anarquistas y los guerrilleros revolucionarios. Se le fusiló en Moscú en 1921.

24—POTEKIN Vladimir. — Obrero tipógrafo. Anarquista asociacionista. Participó en el movimiento antes de 1917. En 1919, durante las persecuciones rabiosas del poder sovietista contra los anarquistas de la Gran Rusia, fué detenido en provincias y condenado al campo de concentración "hasta el fin de la guerra civil", en calidad de anarquista-individualista (inculpación anotada en su pasaporte). Quedó en el campo de concentración con Leon Tchorny, del que fué discípulo y amigo. Libertado a fines de enero de 1921, fué arrestado otra vez el 8 de marzo del mismo año y puesto de nuevo en libertad a condición de marchar a la región del Ural y de instalarse en la localidad que la tcheka debía indicarle. Pero habitó ilegalmente en Moscú. En septiembre de 1921 fué detenido enfermo de tifus. Se le fusiló como "monedero falso y anarco-bandido".

25—RYBIN Pedro (Zonoff). — Obrero metalúrgico. Aportó todas sus actividades al movimiento sindical. Participó activamente en la revolución de 1905. Después emigró a América e intervino en el movimiento obrero denodadamente. En 1917 volvió a Rusia y durante tres años realizó una gran labor diaria en las organizaciones obreras profesionales. A fines de 1917 los obreros de Ekaterinoslaw lo delegaron a la conferencia metalúrgica de Ukrania para la restauración de la industria y del transporte. La conferencia adoptó el programa de Rybin. A invitación de los bolcheviquis se quedó en Karkow y trabajó en la unión metalúrgica y en otras instituciones centrales industriales. Pero se da cuenta en el verano de 1920 que es imposible servir honestamente los intereses de la clase obrera bajo la dictadura comunista, aún como simple trabajador en las organizaciones prefesionales, porque, decía, los bolcheviquis vuelven todo el frente contra los obreros y los campesinos. Se marchó al campo machnovista para estudiar allí el movimiento y se consagró a trabajos de orden cultural. Más tarde es elegido secretario del conseje de los guerrilleros revolucionarios. Todo el asunto del contrato de los machnovistas con los bolcheviquis, así como el ataque traidor del poder sovietista contra los anarquistas y los guerrilleros pasaron por sus manos. En enero de 1921, llegado a Karkow, se proponía llamar por teléfono a Rakowsky (presidente del consejo de los comisarios de Ukrania) y comunicarle todo su disgusto por el acto traidor realizado. Cinco días después de su llegada a Karkow fué detenido y en marzo fusilado. Indudablemente, no fué fusilado por una actividad antisovietista definida en las filas del machnovismo, pues su labor se concretaba a la educación y tuvo lugar durante el tratado de los guerrilleros y el poder sovietista. Fué suprimido porque había en sus manos una enorme documentación que desenmascaraba la perfidia del poder sovietista y que arrojó francamente y sin miedo al rostro de las autoridades.

26—SAFIAN. — Obrero. En tiempos del zarismo pasó más de diez años en el presidio por su participación en la revolución de 1905. Después de la revolución de 1917 obraba en Ukrania como organizador de las fuerzas combatientes contra la reacción. En 1920, cuando la ofensiva de Wrangel, fué miembro del Comité revolucionario clandestino de Crimea. En el mismo año fué detenido por el poder sovietista en Karkow y libertado a instancias del Consejo de los Comisarios del pueblo de Crimea (formado en Karkow). Pereció con Gotman y Sukovolsky.

27—SCEREDA. — Campesino anarquista. Fué comandante en el ejército machnovista. El otoño de 1920, cuando los machnovistas se unieron con los bolcheviquis en la lucha contra Wrangel, recibió en uno de los combates una descarga a boca de jarro y una de las balas quedó en el pulmón. Ante la necesidad de una operación seria llegó a Karkow, considerando su vida asegurada por la salvaguardia firmada por las autoridades sovietistas. Ahora bien, una semana después del golpe de mano de los bolcheviquis contra los anarquistas, fué sacado del hospital y arrojado en la cárcel. En marzo de 1921 fué fusilado por orden de la tcheka. — Es de notar que en octubre de 1919, habiendo ocupado los machnovistas Ekaterinoslaw dejaron intactos todos los soldados sin distinción de graduaciones pertenecientes a Denikin y a otros que se hallaban en los hospitales. El general Slatschoff (denikiniano, hoy general sovietista), que se apoderó de esa ciudad un poco más tarde, exterminó a todos los machnovistas heridos que encontró en los hospitales; los comunistas hicieron más: fusilaron a un hombre que, de acuerdo con ellos, combatió a Wrangel y que, herido, buscaba socorro entre ellos.

28—SIDELNIK Chaia (Sidelnikoff Alejandro). — Obrero metalúrgico. Anarquista desde 1905. Militaba en la región de Bielostok. A fines de 1906 emigró a América. En 1908 volvió a Rusia y continuó la propaganda libertaria. Fué detenido el mismo año y condenado por los tribunales de Vilna a 8 años de trabajos forzados, que purgó en la cárcel de Riga. Libertado por la revolución de 1917 continuó militando en las filas anarquistas. A principios de 1919, en uno de los progroms del poder sovietista contra los anarquistas fué detenido y fusilado.

29—SOBOLOFF Pedro. — Anarquista. Uno de los miembros del grupo anarquista clandestino que realizó el acto terrorista conocido con el nombre de Leontienski-Pereulok, en Moscú. El libro rojo de la tcheka da una idea suficientemente clara sobre este asunto así como sobre sus autores. Desde su aparición, este libro fué retirado de la circulación. Lenin mismo ha dicho que ese libro contenía "demasiado buenas verdades sobre los anarquistas". Fué muerto en el momento de su arresto porque no quería dejarse detener.

30 — SUKOVOLSKY Jacobo (Jacha Aly). — Tipógrafo. Bajo el zarismo purgó los trabajos forzados y la deportación por su actividad en la revolución de 1905. Huyó al extranjero. Participó en el movimiento libertario en Inglaterra y en América. Volvió a Rusia después de la revolución de febrero de 1917. Militó activamente en el movimiento anarquista de Ukrania "Nabat", fué miembro del secretariado y uno de sus militantes mas enérgico. Murió con Gotman.

31—TCHORNY Leon. (Paulo Turtchanimoff). — Intelectual "proletario". Estaba en el movimiento anarquista desde hacia más de 20 años. En la época de la reacción zarista purgó por sus ideas libertarias los trabajos forzados y la deportación. Es autor de una obra original: *El anarquismo asociacionista*, publicada en 1907. Al comienzo de la revolución de 1917, volvió de Siberia a Moscú donde ocupó inmediatamente su puesto entre los militantes activos de la revolución social. En 1917 fué uno de los organizadores de la Federación de trabajadores intelectuales, que tenía por fin la unificación del proletariado intelectual sobre una base de clase y de producción. Después actuó como secretario de la Federación de los grupos anarquistas de Moscú. Durante ese período su campo de acción fué principalmente el de las conferencias y el de la colaboración en los periódicos. En esa labor era apreciado por casi todo el Moscú obrero.

Aprovechándose de su delicadeza y de su bondad infinita, el poder sovietista le envió dos agentes de la tcheka, Steiner y un chauffeur, con ayuda de los cuales lo asoció a un asunto fraguado de fabricación de billetes falsos y lo fusiló en septiembre de 1921.

Durante los años de la revolución, Tchorny compuso una gran obra sobre los intelectuales, que no se publicó aún. Dejo igualmente algunos estudios biológicos y filosóficos.

32—TUROK. — Obrero sastre. Anarquista desde 1905. Estuvo condenado a ocho años de trabajos forzados por su participación en la revolución de 1905. Libertado en 1917, militó en Moscú, en el Ural y en otras regiones... En 1918 es detenido por las autoridades sovietistas y fusilado en circunstancias que quedaron desconocidas.

33—TSESNIK Teodoro. — Obrero metalúrgico de la fábrica de locomotoras de Karkow. Miembro de la organización Nabat. Miembro del comité de la fábrica mencionada. Muy popular entre los obreros. En noviembre de 1920, arrojado a la cárcel de Karkow, contrajo el tifus. A instancias de los obreros de su fábrica, fué libertado moribundo. (Expiró dos días después).

34—VASSILIEFF. — Obrero anarquista, miembro de la organización Nabat. En junio de 1919 fué detenido en los alrededores de Alexandrovsk, con Angaretz, más arriba mencionado. Sospechoso de agitación contra el poder de los soviets, fué fusilado en Kiew. Con él fueron ejecutados su mujer y tres campesinos libertarios del distrito de Alejandrovsk cuyos nombres no conocemos.

Grupo de los anarquistas rusos desterrados en Alemania.

EL DESDEN POR LA SOCIOLOGIA

Existe, entre muchos filósofos y hombres de ciencia, un señalado desdén por la sociología. Esta rama fundamental del conocimiento no goza de privilegios sustantivos entre los sabios de nuestra edad.

El desdén por la sociología no es nuevo ni nos sorprende grandemente al verlo insinuarse en los hombres de estudio, en los especialistas del pensamiento filosófico o científico. Parece que no es de ahora esta animosidad que existe contra una parte tan trascendente del saber como es la ciencia sociológica. ¿Ciencia sociológica hemos dicho? Tal vez sea infundada esta denominación por lo complejo e inapresable del problema. Pero no es esto lo que ahora queremos tratar.

Lo que deseamos poner de manifiesto es esta tendencia a soslayar un problema en el cual se halla involucrada toda la ética humana y quizás el único medio por el cual podamos llegar a una solución adecuada en la lucha por la conquista del bienestar.

Pero digamos también que lo que más inquieta nuestro espíritu no es tan sólo ésto, sino el ver cómo los hombres de ciencia y los filósofos suelen mostrarse a menudo enemigos de las soluciones equitativas o igualitarias en materia de sociedad. Y aquí sería oportuno nombrar a Hegel, el más idealista de los filósofos alemanes del siglo pasado, convicto de predilecciones jerárquicas en los órdenes políticos y económicos de los Estados. Y como a éste podríamos citar a otros muchos que han aceptado como buena y lógica la dominación del hombre por el hombre y fortalecido con su autoridad moral el concepto autoritario del régimen burgués.

Hace poco, con motivo de las conferencias públicas que diera aquí Eugenio D'Ors, hubo de ponerse de relieve esta tendencia de los filósofos a descartar el problema social de los ordenamientos morales de su filosofía.

Dícese que, en Santa Fe, en ocasión de las conferencias que sobre la parte física de la Doctrina de la Inteligencia diera D'Ors, hubo de acercársele un joven estudiante en solicitación de concepto sobre los problemas sociológicos de la hora presente. Y que el filósofo, después de mirar con cierta sorpresa al osado, díjole, con ademán conveniente, que tenía prisa para ir, enseguida, a raparse las barbas.

Lo cual, traducido al lenguaje filosófico, quiere decir que Eugenio D'Ors no se deja crecer el pelo. Y que por consiguiente no es partidario del hombre rousseauniano, del hombre de Fontainebleau. Porque para los filósofos que desdeñan la sociología, Rousseau implica esto. Una vuelta del hombre a la naturaleza, al primitivismo ancestral, al hombre incivil. Apreciación injusta e intencionada sobre el autor del "Contrato Social".

Lo que hay en el fondo de estos desdenes es una ausencia de valor y de carácter para afrontar las consecuencias de una predilección sociológica de los problemas.

Es muy cómodo para los hombres de ciencia observar las oscilaciones de una bacteria en las aguas tranquilas de un estanque o los efectos de un rayo de luz en uno de los numerosos tubos de ensayo. Reducir a ecuaciones las partes mensurables o calculables de los cuerpos o abstraerse del mundo tangible con elucubraciones ideales sobre lo ignoto. Con especulaciones o actividades de esta clase, el sabio no provoca erizaciones morales entre los privilegiados de la sociedad sino todo lo contrario.

Los burgueses, y con ellos todos los que se hallan a gusto en este régimen social, llegán hasta a interesarse por sus maravillas. Y para cubrir con un barniz de cultura la aridez de su espíritu se invita comunmente al sabio para que vaya a ilustrar un tanto el lado romo de sus inteligencias. En cambio no ocurre ello así con el sociólogo moderno. Con el sabio que busca la solución del problema social en el estudio de las necesidades del hombre en su doble concepto moral y fisiológico.

Un sociólogo, por su simple enunciado, es ya un hereje para la ortodoxia burguesa. La hostilidad y el desdén por la sociología alejan de esta rama a muchos hombres de estudio que no se atreven a

—Podéis prohibir la palabra, pero no mataréis el espíritu.

PAGINA DE ARTE

GUSTAVO COURBET

"Nacido en el año 1819, muerto en el 1877, Courbet, campesino robusto, ingenuo y bonachón, volvió al arte de pintar de los grandes realistas españoles; con menos elegancia y nerviosidad que un Velazquez y sin tanta aspereza como un Ribera, pintó la Vida. Ante el accidente de la naturaleza, sitio o tipo humano, describía tenazmente, brutalmente, amorosamente la Materia que amaba; poco culto, hombre rústico realmente, desconfiaba de la idealización y de las abstracciones como de la peste. Lo que encontramos en su obra es la emoción ante las formas de la Vida, de la cual supo gozar con su sana animalidad.

Courbet profesaba un soberano desprecio o excepticismo por todo lo que no fuera su época o estuviese fuera de su entendimiento. La metafísica no lo inquietaba mucho. Su arte fué la expresión total de su temperamento, y es bastante para el Arte: la robustez de las cosas dichas por un gran pintor que no ha dejado de ser nunca un campesino. Ante los aspectos de la vida que traducía, un ser más complicado y más sutil no hubiese podido expresarse más justa ni más sanamente que él".

Tal decía Robin, a propósito de la exposición retrospectiva de las obras de Courbet, realizada el año 1906 en el Salón de Otoño, y esas pocas líneas trazan magistralmente el carácter del hombre y de su obra. Efectivamente, Courbet inicia el realismo moderno con la energía indomable de un hombre rudo y batallador y con obras vigorosas de pintor genial. Reaccionando contra el idealismo enfermizo y literario de los románticos, él no quiso inspirarse sino en la vida común, desechando la leyenda y la tradición, despreciando el *asunto* histórico y literario, fué el primero que, rompiendo con todos los prejuicios de escuela, se atrevió a reproducir a los seres más humildes, sin embellecerlos, idealizarlos ni componerlos. Pintor nato, pocos tuvieron como él el *don* de pintar, natural y espontáneamente.

"Pintor genial, dice Robin en el estudio citado, conservó siempre ante la naturaleza el asombro y el entusiasmo de un niño ingenuo, tan ingenuo, que después de haber desarrollado sus dones creyó haber descubierto el Realismo. Enemigo encarnizado de las Escuelas, no temió pasar por el jefe de una nueva. Entonces se convirtió en la risa de los burgueses, filisteos que no podían comprender que un artista, para el cual solamente el Presente existía, pintara la época tal cual la veía, tal como la sentía, tal como la comprendía. Courbet se negaba a hacer revivir en su obra un pasado muerto y abolido para él, el carácter de su genio le impedía inspirarse en la Leyenda, la Mitología o la Historia".

El mismo Courbet decía: "Un siglo no tiene el derecho ni el medio de estudiar a un siglo que no ha podido ver al vivo. La única historia que debe pintarse es la historia contemporánea. Los pedagogos como Fidias y Rafael ya pasaron. ¿Qué pueden enseñarnos? Nada. Nada hay tan preciosos como la originalidad y la lección de actualidad que puede aprenderse en la obra de un artista.

"Tengo a la pintura por un arte esencialmente concreto que no puede consistir sino en la representación de cosas reales existentes; es una lengua completamente física, que se compone, en cambio de palabras, con todos los objetos visibles; — un objeto abstracto, invisible, inexistente, no es del dominio de la pintura. La imaginación en el arte consiste en saber encontrar la más completa expresión de una cosa existente, pero nunca jemás en crear esa cosa misma.

"El artista no tiene el derecho de amplificar lo bello, que es por naturaleza superior a todas las convenciones del artista. Lo bello es algo relativo al tiempo en el cual se vive y al individuo que lo concibe.

"Las escuelas no deben existir; no existen sino pintores".

Conceptos naturalmente discutibles por cuanto pretenden fijar un límite a las facultades creadoras, pero que ponen claramente de relieve el carácer de la reacción y de la nueva orientación del arte pictórico que significa la obra de Courbet

Si los románticos con Gerilcaux y Delacroix a la cabeza se libertaron de los cánones académicos y de las múltiples trabas, que imponía la escuela tradicionalista al libre vuelo de la imaginación, no se libertaron en absoluto de la preocupación de lo Bello ni de lo Ideal. Su revolución consistió sobre todo en el aporte del elemento pasional en la obra de arte; al armazón académico se le inoculó una vida tumultuosa; al sentimiento helénico, a la fría serenidad inexpresiva, sucedieron las borrascas del alma, el odio y el amor, el sentimiento de lo trágico. De allí el culto a las formas grandiosas, a las armonías violentas, en busca de un máximo de expresión emotiva.

COURBET — Entierro en Orleans

Nada se hace a los saltos, dice el precepto, y en el arte tampoco las innovaciones son bruscas; todo pintor, como toda escuela determinante, no son sino estados transitorios de la constante evolución hacia el porvenir.

Courbet "el admirable obrero pintor", como lo llamaron muchos de sus contemporáneos, fué una especie de Rubens que, abandonando los grades asuntos decorativos, se limitó a mirar y traducir fielmente la vida ordinaria. Más tarde el realismo llegará a despreciar las bellezas del *oficio*, el amor a la bella pintura, para limitarse a dar, no ya una traducción "de cosas reales y existentes", como pedía Courbet, sino simplemente una sensación. Courbet, y más tarde Manet, son el comienzo del completo olvido de los principios fundamentales del arte de pintar. Pero no es a Courbet a quien puede imputársele el olvido del arte de pintar, él ha sido un ejemplo extraordinario de pintor, lo era tanto que se ha dicho que carecía de emoción, que era pintor pero no artista.

Robin hace notar con claridad "que es imposible que un pintor cuyos detractores le han reconocido "un admirable talento de obrero" haya carecido del sentido emotivo, y se haya limitado a copiar ingenuamente los elementos que le ofrecía la Naturaleza", por cuanto el oficio no es admirable sino cuando sirve para traducir con justeza las emociones del artista".

Courbet, hoy que esas luchas entre la Belleza y la Vida en el Arte han perdido toda su aspereza y que, viviendo una época de amplia tolerancia estudiamos y admitimos todas las modalidades, es considerado uno de los grandes pintores modernos. En la marcha que sigue el arte, de la fórmula a la Vida verdadera señala una etapa interesante; a pesar de no haber alcanzado nunca las profundidades del espíritu, tiene obras como el "Entierro en Ornaus" donde su realismo alcanza la eficacia de una obra de gran estilo y emoción. El "Entierro en Orleans" prueba con evidencia el gran artista que era Courbet.

Courbet como Millet, sin tener jamás la emoción profunda de éste, ni su religiosa grandiosidad, ha sido el primer artista que se ha atrevido a hacer "asunto" con un simple hijo del pueblo u obrero.

Amigo de Proudhon, fué socialista y militante. Cuando la Comuna de París formó parte del Consejo y fué él quien propuso la demolición de la columna de Vendome. La reacción triunfante lo condenó a pagar la reconstrucción, se le confiscaron sus obras y fué desterrado. Murió en el destierro, en la mayor miseria, y agobiado de tristeza. En nuestro Museo hay dos estudios, de marinas, muy hermosos.

—— *** ——

COURBET — Retrato de Proudhon

afrontar las consecuencias de una predilección así.

Sólo los sociólogos del anarquismo han abordado, sin temor, el estudio de las sociedades humanas con la independencia de criterio y el desenfado que les es común. Diremos que han sido los únicos que afrontaron sin miedo los resultados de su obra con una heroicidad e independencia bien raras entre las cohortes del saber.

Es por esto también que sus nombres suenan a herejía entre los cenáculos convencionales del intelectualismo burgués. Más aún entre las clases parasitarias o detentadoras de la riqueza de todos.

Los centros docentes que el Estado tiene abiertos o monopolizados para conformar la mentalidad del pueblo al ideal de la patria, excluyen de sus programas y de sus planes de estudio el texto del sociólogo heterodoxo. ¿En qué universidad del Estado, en qué Facultad de Ciencias Económicas, pone el profesor en manos de sus discípulos los tratados de sociología de Kropotkin? Y si algún alumno se permitiera emitir en su tesis de estudio, algún concepto de la sociología kropotkiniana ¿hasta qué punto el profesor permitiría tales herejías? ¿Puede el Estado permitir que en sus aulas superiores se conspire contra la seguridad de sí mismo y de las clases que le dan vida y de las cuales es sostén? De ninguna manera.

Es, pues, una verdad decir que en nuestros tiempos, en pleno siglo XX, hay todavía herejes. No goza el espíritu del señorío absoluto a que tiene derecho por su propia majestad. Se atenta y proscribe en ciertos radios su esfera de influencia. Y los herejes son bloqueados en masa por la guerra de los intelectuales aburguesados y la indiferencia de las masas.

No se puede, hoy día, ser sociólogo a la moderna sin ver concitadas, en su contra, las furias del privilegio.

Será por esto que los filósofos y con ellos la mayor parte de los sabios se abstienen o combaten las soluciones libertarias de la historia que nos ofrece el estudio del problema social.

Es más cómodo el análisis tranquilo en el silencio de un laboratorio que lanzarse a la calle en son de protesta contra las formas despóticas de sociedad. Decididamente Don Quijote no hizo escuela entre los filósofos y sabios. Y no obstante, de éstos debe esperar la humanidad la luz que alumbre los senderos obscurecidos del mundo. De no ser así no comprendemos el fin que pueden tener los estudios por las mentalidades selectas si ellos no tienen por objeto el bienestar y el progreso moral de la humanidad.

No creemos que sea por puro diletantismo que los sabios y filósofos especulan. Ha de ser, sin duda, con el propósito sobreentendido de mejorar el patrimonio material y psíquico de la sociedad. Porque en caso contrario no sabemos para qué servirían sus estudios, sus concretas o imprecisas conclusiones. Ni cual sería tampoco la razón que les guíe al descender hasta nosotros para hacernos copartícipes de las deducciones o experimentos efectuados por su preclara mentalidad.

El desdén por la sociología que sienten tantos llamados sabios y filósofos sólo puede provenir, a nuestro juicio, de ciertas reminiscencias atávicas, de predisposiciones innatas contra la libertad de sus semejantes cuando no de timideces o prejuicios contraídos en los medios sociales donde generalmente vive y se desenvuelve el sabio.

¡Ah, cuán lejos se hallan nuestros sabios de aquel punto moral de referencia donde hubo de situarse Eliseo Reclús y que consiste en poner su vida, su espíritu y su talento, al servicio de la causa del pueblo!

Enrique NIDO.

EXPOSICIONES

EL DOCTOR FIGARI en los salones de la Comisión Nacional de Bellas Artes expone una serie de cuadros que despiertan sumo interés. Se trata de un pintor dotado de un sentido cromático excepcional, pintor nato que resuelve fácilmente las más sabrosas armonías. En sus pequeñas notas de paisajes hay una dulce emoción. Rico de gamas, tiene grises finos, armoniosos. Estas cualidades naturales requieren ser disciplinadas con justo criterio para realizar obras de aliento. Las condiciones innegables del Dr. Figari, su visión exquisita, su sentido profundo de la armonía, tan evidentes en los pequeños cuadros, espontáneos y emotivos, no le bastan para realizar plenamente sus telas nacionalistas de pericones y candombes, donde el ritmo de las líneas y de la masas son—a mi ver — opuestas al sentimiento de la obra y confusos. El color mismo, conservando siempre una notable justeza, no tiene ni la frescura que tiene en las notas pequeñas.

El propósito "intelectual" de hacer tradicionalismo, y quizás, técnicamente hablando, preciosismo, riqueza por la riqueza de color, ahoga al artista. No tememos decirlo, algunas telas acusan un artista admirable que sería de lamentar se desviara en preocupaciones secundarias.

Recordamos entre las telas grandes, una con un grupo de ginetes en primer término, un rancho y un gran ombú bañado en una luz dorada, transparente y vibrante que creemos es de los pocos parsajes que hayamos visto aquí, dentro de un concepto luminista, tan pleno de sinceridad y de encantadora emoción. Difícil cosa es esto de amalgamar el color con la emoción, si el color no se siente profundamente, diría inconscientemente.

Las escenas de candombes, sus raros pericones, que tienen un aspecto de alucinaciones, le han atraído una cantidad de admiradores enorme. A estos se les puede ver desfilando con la nariz sobre los cuadros. Lo *raro*, ese aspecto del Dr. Figari, no nos interesa. Si sus notas pequeñas que, como decimos, acusan a un pintor de ley y a un artista de verdad.

Esto no quiere decir que lo consideremos un genio, como anda proclamándolo cierta gente; al contrario, nos tememos mucho que estas condiciones naturales excepcionales se pierdan entre la humareda del incienso que queman por aquí sin tasa ni medida, los malos literatos y criticastros que tenemos, por falta de las indispensables condiciones complementarias de juicio crítico y constructivo.

NAVAS — En el Salón Muller pueden verse los cuadros que este pintor argentino ha traído de Italia, y al mismo tiempo se puede comprobar — una vez más — lo difícil que es llenar de colores grandes telas para, en resumidas cuentas, no decir nada o decir malamente pequeñas cosas.

En resumen: mucha pintura sin armonías, el dibujo flojo, emoción ninguna.

Z

COURBET — Señoritas de la aldea

Ideales de ética y de responsabilidad personal. He ahí lo que hay que propagar. — EMERSON.

Los artistas y la guerra social

Jamás hubo época más tumultuosa y atormentada que la nuestra. Síntomas precursores de tempestad, se perciben en todos los ambientes. La inquietud ha llegado a su grado extremo. Se sabe por instinto que la batalla va a empezar, pero no se sabe dónde comenzará ni de que forma y en qué manera se manisfestará la chispa que quizás ha de incendiarlo todo.

Ese paroxismo de la inquietud ambiente, sin embargo, donde mejor se exterioriza, es en los intelectuales y artistas. Son, si así podría denominárseles, los sismógrafos que psicológicamente registran los movimientos precursores de la conmoción a producirse. Cerebros infinitamente más sensitivos, en ellos los vientos huracanados tienen efectos imprevistos y a veces desoladores. La desorientación que en el ambiente se produce tumultuosa y abigarradamente, se refleja en ellos en gestos aislados, pero que no por eso, indican con menos evidencia que son productos de una desorientación y una recia lucha interior. ¿Quién engendra a quién? Es la pregunta que está tal vez en todos los labios. ¿Es el ambiente que influye en el artista o es el artista y el pensador que ejerce su presión sobre el ambiente? Ocioso sería contestar. Hay una influencia mútua y la acción de algunos solitarios, sembradores inconmovibles cuya siembra actual no parece caer en los campos que el cañón acaba de arar. La parábola descripta por sus brazos poderosos, abarca tierras más lejanas: las tierras del porvenir. A ellos nos remitimos con el fervor de nuestras almas sedientas de luz y de amor. ¿Dónde habrá nacido ese Jesús, Mahoma o Bhuda que rompa las viejas tablas de los valores, para darnos nuevos códigos de Rectitud y de Belleza?

Aún no lo sabemos. En el Oriente quizá o en el Occidente o en alguna obscura usina. Lo cierto es que le presentimos y que nunca los tiempos fueron más propicios a su advenimiento. Pero no es de ellos, del genio apocalíptico, despedazado y triunfador al fin, del que quisiéramos hablar, sino de los escritores y artistas en general, en una palabra de los artesanos de la belleza.

Para saber de la inquietud que los tortura, basta examinar algunas de sus manifestaciones y de las actitudes que han creído imprescindible adoptar.

Papini, ayer negador, que pintaba al divino Jeschua como un vulgar facineroso, disipado y ladrón, es hoy un convertido a la religión Católica Apostólica Romana. Su religión, antes tan sutil y disectora, es hoy la religión de los papas y de la burguesía necia y gordinflona. Anatole France, excéptico y remiso ante cualquier credo demasiado afirmativo, es hoy anarquista.

¿Cómo son juzgadas estas conversiones? Una opinión de las más características por su malevolencia y superficialidad, la hallaremos indudablemente en alguien que ha escrito lo siguiente:

"*Beaucoup d'artistes, jeunes et meme vieux, se convertissent á la nouvelle religion sociale par le gout du coup de théatre, inhérent á l'esprit artiste. Ils attendent, messianiquement extasiés, le jour oú le monde va changer de phase et leur vanité professionelle se trouve flattée a la pensée qu'ils seront les machinistes de ce grand changément de décor*".

Ya vemos como se interpreta esta inquietud espiritual del mundo que va a nacer y es registrado por sus instrumentos humanos más sensibles: los artistas. Sin embargo, aparte de su monstruosa vanidad profesional, estos artistas son hombres también. Y los más artistas, más modestos son, y, por lo tanto, los atributos morales se elevan en ellos a la máxima potencia.

Sus anhelos son de Amor y de Belleza. Recordemos a Segantini, releamos a Eugene Carriére, repasemos el catecismo de "L'Art" de Rodin y comprenderemos que, si la totalidad de los hombres no fueran ciegos o necios, hace tiempo que hubieran adoptado los postulados luminosos predicados por esos hombres. ¿Cuál es,

según Rodin, la lección viviente dada por los artistas a los demás hombres? El amor, la infinita devoción a su trabajo, y las ansias desacotadas por crear: ¡Crear, fiebre divina, embriagadora, que hace del hombre un semidios!

Pero ¿cómo exigir ese amor, esa devoción al esclavo que al pié de la máquina solo le es permitido hacer la punta de un alfiler? Se trata de suprimir el trabajo esclavo que repite la faena embrutecedora que amilana y hace del ser humano un autómata, para suplantarlo por el trabajo libre que crea. Hacia esa batalla campal se encamina la humanidad. Su lucha es contra la naturaleza y contra las instituciones. Los artistas perciben y sienten los síntomas precursores. Su desorientación, sus actitudes bizarras e incongruentes a veces, no demuestran otra cosa. Dijérase que vamos hacia la obra de arte sectaria, tendenciosa y que mayor suma de enseñanzas morales encierra. ¿Se exigirá que el artista en toda obra de arte haga una profesión de fe?

Aunque parezca absurda esta hipótesis, la combatividad de los tiempos parece exigirlo. ¿Será esto en beneficio del arte puro y de cierto estetismo en boga durante algún tiempo?

Toda corriente de vida, por descabellada y absurda que parezca, enriquece y fecunda el verdadero y grande arte. Y yo no creo que los artesanos de la belleza plástica o escrita estén muy lejos de las asociaciones gremiales que florecieron en las famosas "bottegas florentinas".

At.

LAS HUELGAS PARCIALES

La huelga, vale decir la cesación en masa del trabajo por parte de todos los obreros organizados de un solo oficio o de una dada localidad, es el arma de lucha que más ha sido empleada por los trabajadores en estos últimos cincuenta años en sus contiendas económicas con los dadores de trabajo, sea para obtener salarios mayores, sea para defender los ya obtenidos, sea para conquistar mejores condiciones de trabajo, como disminución de las horas de labor, mejoramientos técnicos o higiénicos, oficinas de colocación, etc.

Nadie puede impugnar el derecho de huelga, que implica el derecho de cada uno de disponer a su modo de la obra propia y de unirse con otros para un uso más profícuo de tal derecho. El trabajo es una mercancía que el obrero pone en el mercado, teniendo derecho de hacérselo pagar lo que le parece y gusta, vale decir lo que le es posible en proporción con las condiciones del mercado y de la producción, de acuerdo con la fuerza de su organización, con el número de los desocupados y de los desorganizados, etc. Si hay demanda de brazos el obrero puede hacerse pagar más, con poco esfuerzo; si el trabajo falta, el conservar o el obtener mayores salarios requiere mayor esfuerzo, y se llega inevitablemente a un punto límite que no se puede sobrepasar, a menos que se tenga la fuerza de romper el cerco de hierro del privilegio capitalista, lo que ciertamente no puede lograr una simple huelga parcial.

Una de las acusaciones que se hacía más a menudo a los anarquistas en estos últimos años, particularmente desde el 1900 en adelante, es la de "arruinar el movimiento obrero" incitando en todos los momentos a los trabajadores a la huelga, de querer la huelga a toda costa y con cualquier pretexto, de ser, en una palabra, partidarios de la "huelga por la huelga". Es una acusación que a los anarquistas dirigen muy a menudo tanto los escritores burgueses como los social democráticos y reformistas.

Es una acusación completamente equivocada, al menos por lo que se refiere a la gran mayoría de los anarquistas y a la orientación general del anarquismo.

Al contrario, si ha habido, (hasta hace poco tiempo por lo menos), una tendencia entre los anarquistas, esta era precisamente de aversión a las huelgas parciales, que se consideraba inútiles y dañosas. Si se tuviese ante los ojos las colecciones de los periódicos anarquistas de treinta años a esta parte, se encontraría que los anarquistas, muy a menudo o casi siempre, han hablado de las huelgas — hablo de las huelgas parciales, de reivindicación económica, y no de las huelgas generales más o menos políticas, que son otra cosa — con un desprecio que no vacilo en llamar injusto y pernicioso.

Tal tendencia no era, a decir verdad, del todo injustificada. Ella derivaba de la convicción — de que ya he hablado otra vez — de que los beneficios obtenidos por el proletariado con sus reivindicaciones parciales antes de la revolución, en plena sociedad burguesa, son muy relativos, sea en proporción a su cualidad real, sea en proporción al tiempo que duran. En realidad, cada vez que los trabajadores de un oficio obtienen alguna ventaja con una huelga parcial, lo que ellos ganan la burguesía lo quita a la masa de todos los consumidores, que en su mayor parte son trabajadores. Y el beneficio para la categoría vencedora dura solo hasta que todas las otras categorías piden y obtienen otro tanto, y mientras la burguesía no restablece el equilibrio aumentando en cada ramo de la producción el costo, el precio de reventa de los productos a los consumidores.

Sin embargo, a pesar de todo esto, la exajerada aversión de muchos anarquistas por las huelgas parciales creo que ha hecho mucho más mal que bien a la causa misma del anarquismo, y también a la causa general de los trabajadores. Este desinteresarse de parte de los anarquistas por estos conflictos obreros, en apariencia sin importancia, es lo que ha facilitado, desde el 1880 en adelante, al reformismo social democrático la hegemonía sobre todo el movimiento proletario y poco a poco ha hecho perder a los anarquistas casi todo el ascendiente conquistado sobre la clase trabajadora en el tiempo de la La Internacional. Los anarquistas perdían así todo contacto con las masas, a las que en cambio es necesario acercarse, especialmente cuando están empeñadas en una lucha, cualquiera ella sea, dirigida contra el capital; y tenían así el aire de desinteresarse de las necesidades más urgentes de las diversas categorías de trabajadores. Además, la aversión a las huelgas parciales, aún partiendo de un punto de vista justo y lógico, acababa volviéndose substancialmente ilógica e injusta, por la falta de ese sentido de relatividad y de oportunidad que no hay que descuidar cuando se baja al campo práctico a combatir contra un enemigo formidable como es el capitalismo.

En efecto, aún siendo cierto que todo mejoramiento parcial obtenido por los obreros en el régimen burgués tiene un carácter aleatorio e inseguro, no por eso es menos cierto que, desde el momento en que una categoría avanza sus pretensiones parciales a aquello en que todas las otras siguen el ejemplo, desde el momento en que la burguesía está obligada a ceder algo a aquel de quien luego logra recoger lo que ha dado, pasa un tiempo más o menos largo; y en este período intermedio ora ésta, ora aquélla categoría goza de un beneficio real,aunque limitado y destinado a ser anulado pronto. Por eso cometían un grave error aquellos anarquistas que no querían tener en cuenta y que descuidaban de tal modo un coeficiente importante de elevación moral y material del proletariado.

Hay, en la ganancia capitalista, un cierto margen dentro del cual es posible al obrero hacer valer sus pretensiones con la simple demanda pacífica y la sola amenaza de cruzar los brazos. El patrón hace sus cálculos sobre lo que perdería con una huelga y lo que debería desembolsar de más pagando mejor a los obreros; y a menudo el ceder a las demandas obreras se le aparece como el mal menor. La huelga, si lo coge en un momento en que él tiene urgencia de producir, lo obliga en breve tiempo a capitular. Además, las crecientes pretensiones obreras obligan a los capitalistas a mejorar los sistemas de producción, y a buscar en tales mejoramientos, en la introducción de nuevas máquinas, en una venta más grande, etc., el provecho que antes sacaban sólo o principalmente de la explotación de los trabajadores.

Bajo este último aspecto el movimiento de resistencia y de conquista de los trabajadores organizados ha sido en el último siglo un coeficiente importantísimo de progreso, provocando un siempre mayor desarrollo de la producción.

Pero no hay que ocultarse que este márgen, objeto de posibles conquistas pacíficas y de contratos entre capitalistas y obreros, poco a poco ha ido disminuyendo(1); y a medida que disminuía, la resistencia patronal a las pretensiones obreras ha aumentado y las organizaciones de oficio han sido puestas en la condición de hacerse más agresivas. Los métodos de lucha revolucionarios se hacen cada vez más necesarios, aún en los más pequeños conflictos de clase.

Las huelgas parciales — que por el hecho de ser *parciales*, es decir limitadas a un gremio de una sola localidad, o de un solo taller, son por necesidad más pacíficas, — se ganan hoy mucho menos fácilmente que en otro tiempo, porque también la más perfecta organización industrial de resistencia contra las reivindicaciones obreras ha abreviado mucho y, en ciertas industrias, anulado ese intervalo de tiempo intercorriente entre el momento en que la burguesía concede y aquel en que recoge la concesión hecha.

Hoy la burguesía consigue más fácilmente recoger con la izquierda lo que es forzada a dar con la derecha.

Sin embargo, también ahora ,sería un error el generalizar demasiado. Según los países y las localidades, según las industrias y las condiciones especiales del capital por un lado, y del trabajo, por el otro, las huelgas parciales útiles son siempre posibles; y condenarlas en bloque sería dañoso del mismo modo que lo sería ver *solamente en ellas* el modo de elevar las condiciones del proletariado.

Las huelgas parciales conservan siempre, por otra parte, su eficacia moral; son, además, el medio experimental con que la clase obrera puede tocar con la mano cada día mejor que, mientras dure el sistema de monopolio y explotación capitalista, ella será siempre la víctima, y toda conquista parcial resulta más o menos ineficaz a su integral emancipación.

Por lo demás, mientras no es posible un movimiento general de liberación, también las huelgas parciales son una especie de movimiento anticapitalista, aunque sea poco eficaz y limitado en los efectos prácticos; pero el movimiento es siempre mejor que la inercia, y tiene por lo menos ese valor de superioridad y de gimnasia revolucionaria, por el cual es siempre más fuerte y ágil el que se mueve que el que no hace nada.

Reducido así a sus justos términos el valor de las huelgas parciales — limitadas a un gremio, a una localidad o a un taller o empresa —, se sigue que es necesario evitar tanto el error de oponerse a todas por partido tomado o desatenderlas, como el error opuesto de ver en ellas el único medio de defensa y de insurrección de la clase obrera, descuidando así o sacrificando por ellas otros medios de lucha más eficaces y los fines mismos de las reivindicaciones totales del socialismo y de la libertad.

Para que ésto no suceda, es preciso que también las huelgas parciales estén animadas de un espíritu anticapitalista y sean conducidas con métodos que no anulen el poco valor revolucionario que pueden tener. Esto es, que conserven su carácter de lucha, de *acción directa* contra el capitalismo, de solidaridad con el resto de la clase obrera, y que se desenvuelvan sobre un terreno tendencialmente revolucionario, con métodos que impliquen naturalmente la hostilidad de clase.

Las huelgas parciales son casi completamente ineficaces cuando están guiadas desde un punto de vista y con un método reformista, que anula, precisamente, ese valor moral que las huelgas parciales pueden aún tener, en cuanto sirvan para educar al proletariado en una lucha contra el capitalismo, no como un concurrente o un comprador de una mercancía (la mercancía *trabajo*) con el que puede ponerse de acuerdo y hasta colaborar, sino como contra un patrón, un usurpador al que se quiere despojar de toda su injusta ganancia y de toda su injusta propiedad.

Con estas intenciones y animados de estas convicciones, los anarquistas son partidarios de la lucha obrera y de ella no desdeñan siquiera las formas más modestas y los episodios parciales en apariencia más insignificantes.

Probablemente la acusación de que los anarquistas son partidarios de la "huelga a toda costa" deriva de ésto: que ellos, cuando una categoría obrera quiere entrar en lucha, o ha entrado ya, no buscan de desanimarla, de no darle razón, sino que se ponen francamente a su lado. Luego, cuando las condiciones favorables y útiles de la lucha se delinean, los anarquistas no vacilan en alentar a los obreros aunque esto pueda perjudicar los cálculos políticos de los que subordinan todos los movimientos al objetivo de su propio partido: conquistar los poderes públicos. Pero ésto no significa de ninguna manera que los anarquistas sean partidarios de la huelga por la huelga, es decir, aunque ella puede resultar dañosa a los obreros o ir al encuentro de una cierta y previsible derrota.

Los reformistas han encontrado un modo muy especial de razonar, para evitar y obstaculizar los movimientos obreros que no coliman con su interés de colaboradores de la burguesía. Muchas veces les hemos oído objetar que no se debe hacer ésta o aquélla huelga, porque "perjudica el interés de la industria", porque obstaculiza el surgimiento y la prosperidad de una "industria nacional", etc. Ellos parten frecuentemente del concepto de que la clase obrera no puede emanciparse si antes la burguesía no ha cumplido su evolución y llegado a su madurez. Se trata de un doctrinarismo perjudicial que no corresponde absolutamente a la realidad.

La clase obrera conquistará su emancipación cuando *ella* sea fuerte, cuando *ella* esté madura; y si el capitalismo no estará maduro, tanto mejor; ella lo vencerá más fácilmente. El razonamiento susodicho, repetido hasta la saciedad durante casi veinte años por el "socialista científico" Enrique Ferri, equivale al razonamiento que hiciese un general que para entrar en combate quisiese esperar que el enemigo haya concluído sus preparativos y se haya fortificado. Un general que obrase así en tiempo de guerra sería fácilmente convicto de traición y merecedor del fusilamiento.

Oh, nosotros no diremos que hay que fusilar a los reformistas, que obedecen de buena fe a su doctrinarismo y desenvuelven su actividad en medio a una serie de advenimientos demasiado complejos, que no pueden ser reducidos al caso simple de una sola batalla entre dos ejércitos. Pero la traición queda, aunque sea inconsciente, y nosotros debemos prevenirla y evitarla mostrando todo el error del punto de vista reformista.

Una huelga va bien o va mal según que los obreros que la hacen tengan o no fuerza para vencer, según, también, que el movimiento, aunque sea derrotado, pueda o no dañar al enemigo o beneficiar de un modo u otro a los trabajadores.

Lo importante es que los obreros, al trabar una lucha, se basen en la fuerza que ellos tienen en proporción a la fuerza de los patrones; miren *a su interés*, en relación con el movimiento general de su clase, y no al interés del capitalista contra quien deben luchar.

Los intereses de la industria ciudadana o nacional no les deben preocupar. En eso deben pensar los industriales. Sería demasiado cómodo que los obreros, en nombre del *interés de la industria*, debiesen sacrificarse y someterse a las prepotencias patronales — precisamente los que no tienen nada y que de un modo o de otro seguirán siendo explotados. Si alguien debe hacer sacrificios por los progresos de una industria ciudadana o nacional, esos deben ser los "patriotas" capitalistas que ganan millones, y no los

obreros, que con sus salarios mejores no consiguen nunca ponerse a la par de su pequeño balance familiar.

Los obreros, pidan lo que pidieren para el mejoramiento de sus condiciones, *mientras no hayan obtenido todo lo que les pertenece, pedirán siempre demasiado poco, tendrán siempre razón.* Y el deber de quien se ha hecho paladín de los derechos del proletariado es sostener siempre a los trabajadores en las agitaciones por la reivindicación de estos derechos, no temer nunca, aún y tanto menos cuando tales agitaciones golpean directamente los intereses de la burguesía, de cuya ruina precisamente debe nacer la era nueva de toda una familia humana hermanada por el trabajo en el bienestar común.

Particularmente después de una derrota de los obreros, cuando en el ánimo de los vencidos hay un natural desaliento, los reformistas de acuerdo con los burgueses, sino fueron ellos los que dirigieron la lucha, tienen el aire de decir a los trabajadores derrotados: "¡Tenéis lo que merecéis! no teníais razón al insistir en vuestras demandas exageradas!"

Y bien, a los unos y a los otros se les puede siempre repetir: los obreros no pueden cometer exageraciones; los obreros tienen siempre razón cuando luchan contra los patrones. Aún cuando, en la peor hipótesis, la causa ocasional de la huelga sea tal que parezca quitar la razón a los obreros, basta el hecho de que éstos son asalariados, es decir, que los patrones les roban una parte, no importa cuanto, del producto de su trabajo, para que sean los patrones quienes carezcan de razón.

¿Qué diríais de un ladrón, que a su víctima que le reclamase un poco de lo que malamente le quitó le respondiese: "¡Ah, no, tú pides demasiado!"? ¿Y qué responderíais al que, aunque vanagloriándose de defensor del robado, le dijese a éste último: "¡Querido mío, tú eres muy exagerado en tus pretensiones!"? Al ladrón le reiríais en la cara como se ríe en la cara de un impúdico inconsciente; a los llamados defensores de la víctima les responderíais con la sospecha de que ellos se hayan puesto de acuerdo con el ladrón, contra el robado.

¡Así es! La "colaboración de clases" se puede traducir en frases llanas en colaboración entre ladrones y robados, entre verdugos y víctimas, o mejor entre los ladrones y los verdugos de una parte, y los abogados de las víctimas de la otra.

Con ésto no quiero decir que los obreros, *en su interés*, hagan siempre bien en trabar la lucha, en declarar la huelga sin estudiar el momento, hasta cuando se puede comprender que la derrota más desastrosa es incvitable. Pero esto es cuestión de oportunidad que respecta a los obreros en lucha, a ellos solamente, y no a las razones intrínsecas de sus reivindicaciones. Es una cuestión interna que, resuelta de cualquier modo, no disminuye la injusticia de los patrones que consiste en la explotación, y no autoriza a los otros — aunque sean amigos de los obreros, pero que no están empeñados directamente en la lucha —, a lanzarse contra los proletarios combatientes por su propia causa. A quienes, si un sólo mal se les puede imputar ,es el de no haber desplegado, una vez entrados en batalla, toda la energía necesaria para vencer.

Y luego, es preciso reaccionar contra la tendencia a quitar la razón a los vencidos, sólo porque son vencidos. Es necesario convenir — y ésto vuelve a llevarme a la afirmación de la necesidad del método revolucionario en las luchas obreras — que las huelgas que se ganan a tambor batiente, sólo con un poco de resistencia y brazos cruzados, son cada vez más raras. Las huelgas que se ganan todavía son las que, animadas de una fuerza ideal, se imponen al capitalismo o a los poderes públicos con la amenaza oscura de perturbaciones de la tranquilidad pública, o las que realmente pasan los límites de la tranquila legalidad. Las otras se pierden, en la medida del noventa por ciento. Es preciso que los obreros fijen bien en su mente la convicción de que sin romper los huevos no se hacen tortillas, que sin arriesgar algo de sacrificio personal no se ganan batallas.

El proletariado moderno está hoy en una encrucijada, en la que, lo reconocemos, es difícil escoger, pero frente a la cual es necesario decidirse: O renunciar sin más al arma de la huelga, a la revolución y al socialismo, y hacer la paz con la burguesía, o romper los puentes con ésta y pasar más allá, decididos a conquistar con la propia fuerza lo poco que es posible enseguida, y todo el resto lo más pronto que se pueda: es decir, todo su derecho al pan y la libertad.

Pero para volver a la cuestión específica de las huelgas — después de dicho todo lo que precede en relación a su utilidad, al modo de conducirlas y de juzgarlas —, los anarquistas tienen que recordar sobre todo que los jueces más autorizados para deliberar y por tanto para apreciar la oportunidad de una lucha son los trabajadores; y que, una vez comenzada la lucha, los trabajadores tienen derecho a la ayuda incondicional de cuantos, aún fuera del campo especial de la lucha, partidos o individuos, se dicen defensores de las razones proletarias. Por eso los anarquistas estarán siempre con los trabajadores; y aunque jamás les aconsejarán hacer un acto que crean intempestivo o inútil (y por eso no incitarán a la huelga cuando ésta les parezca inoportuna o segura la derrota), cuando vean ya empeñada, aunque eventualmente contra su propio parecer, una batalla contra el capitalismo, igualmente darán a los hermanos obreros toda la ayuda de su energía y de su entusiasmo.

Obrar de otro modo significaría faltar a su propio deber; y luego unirse, como desgraciadamente tantas veces se ha visto a los reformistas, en el fragor de la lucha, a la burguesía al debilitarse por una razón cualquiera, moral o materialmente, los obreros en huelga, significaría hacer acto de traición.

Se puede discutir, antes o después, sobre la oportunidad o inoportunidad de una huelga, sobre los medios mejores para ganarla o sobre las personas que la dirigen; pero cuando el conflicto ha estallado, y mientras dura, el deber único de los verdaderos socialistas o anarquistas, de todos los revolucionarios, es ayudar a los combatientes y facilitar la victoria de los trabajadores.

Luigi Fabbri

(1)—*Con la guerra, en muchos países han desaparecido del todo.*

Cartas sobre los acontecimientos de Rusia

OCTAVA CARTA

EL SENTIDO DE LA DESTRUCCION

(*Continuación*)

Notemos otra cosa.

Veamos en nuestros días con qué testarudez, con qué energía un capitalismo tambaleante, aún mortalmente herido, resiste a la revolución social. *¡Cuál no sería la resistencia de un organismo capitalista potente y floreciente!....* Estamos convencidos de que no tendría ninguna dificultad para aplastar definitivamente la revolución en sus comienzos si a pesar de todo apareciese. Pero no aparecerá nunca en un florecimiento económico. El vigor, la fuerza, la salud del organismo capitalista y la revolución social son dos cosas incompatibles.

Considerad más profundamente la gran *fuerza de inercia* del mecanismo social (de nuestro tiempo) regulado, ordenado, que funcione normalmente. Esta fuerza suaviza, anestesia, somete. Los millones de individuos se habitúan de tal modo a una cierta manera de vivir y en las condiciones habituales diarias no se les ocurre la idea de la necesidad y de la posibilidad de la desviación, del cambio de esas manifestaciones, de esa manera de vivir.

La fuerza de inercia del capitalismo es aplastante. Sus fuerzas defensivas son enormes. Sus capacidades de resistencia y de adaptación son asombrosas. No es más que un proceso destructivo intenso del capitalismo y de todo su bagaje social, cultural y moral lo que puede superar esta inercia, descomponer esas fuerzas, romper esa resistencia y crear una base material para una revolución social feliz.

Toquemos todavía otra parte de la cuestión.

Para quien no se forme esperanzas utopistas sobre tal o cual minoría revolucionaria sería tener frente a las masas un gran optimismo creer que podrán estas realizar un día la revolución social en un período capitalista ascensional y floreciente. Significaría suponer voluntaria o involuntariamente en las vastas masas un nivel de conciencia, de actividad, de pensamiento revolucionarios, de alianza moral y física tales que jamás ocurrirán en un mundo capitalista autoritario.

Es curioso que, precisamente tales "optimistas nebulosos", consideren contrarios a los que comparten mi opinión y a mí, como "optimistas huecos" y se consideren a sí mismos como pesimistas, sino como excépticos.

Aún más excepcionales son los "excépticos" que afirman perentoriamente que con masas como las actuales no se puede hacer generalmente nada, que es preciso ante todo por un trabajo lento, tenaz, perseverante, formar masas futuras más cultas, más conscientes, más preparadas. (Tocamos aquí una de las cuestiones más interesantes: sobre la "preparación" de las masas para la revolución social y sobre el rol de la conciencia y de los elementos impulsivos ciegos en el proceso revolucionario. Como señalé más arriba, hablaremos en detalle de las masas, de su rol y de los elementos de la revolución social más adelante. Pero me es necesario tocar aquí algo esta cuestión en tanto que se refiere a la importancna del proceso destructivo).

Cuando sobre el terreno de una destrucción sin precedentes que se despliega hoy internacionalmente, admito que hemos entrado en la época de la revolución social, se me objeta: Eso es optimismo fantástico, eso es una utopía. Mirad lo que son las masas actuales: fatigadas, agotadas, aplastadas por las necesidades materiales; desorientadas, desilusionadas del todo, diseminadas, inertes, rudas, ignorantes, impregnadas de espíritu rutinario, perezosas, depravadas, egoístas, dispuestas a seguir a los más fuertes y a los que les prometan un mendrugo más. (Ved, por ejemplo, en Italia, donde las grandes masas van a remolque de Mussolini...). ¿Son esas masas las que vosotros consideráis capaces de hacer la revolución social? ¿Es con ellas con quienes queréis realizarla?... Os dedicáis a la destrucción y ponéis en ellas todas vuestras esperanzas... ¿Pero no véis que la destrucción no es un terreno favorable a una acción vigorosa y consciente de las masas, y que la revolución social no será posible más que cuando éstas sean, sobre la base de una ascensión y de un florecimiento general, más sanas, más enérgicas, más instruídas. Tal es el "excepticismo" contemporáneo de muchos. Pregunto primeramente: ¿Es que esperar de tales o cuales masas y tal o cual revolución social, no es *un verdadero optimismo, el más utópico y el más loco*?

Yo digo: Sí, las masas están abatidas, son ignorantes, inertes, etc., etc., lo sé muy bien. Sé que las masas están "dispuestas a seguir a cualquiera que se presente"... Sé de las masas que han seguido a Mussolini (sin embargo comprendo muy bien el fondo de este fenómeno y no me turba de ningún modo)... Sí, conozco las masas contemporáneas... pero sé también que *no serán nunca otras, que no serán nunca mejores.* Sé que la revolución social en no importa qué momento, tendrá siempre e infaliblemente *el mismo material humano que hoy* (sino peor aún) Es por esto que todas las consideraciones excépticas de los "pesimistas" no solo no me contradicen, sino que confirman precisamente mi punto de vista. No tan solo estoy de acuerdo con ellos; voy más lejos que ellos. Afirmo que no solo las masas contemporáneas son "malas", sino que (con el capitalismo y el poder) *serán siempre tan "malas" y no podrán ser nunca otras.* Es de eso de lo que nace justamente mi opinión.

Miro la verdad de frente y planteo la pregunta: En ese caso *¿cuál será la fuerza que llevará a esas masas a la revolución?*

Respondo: *Los elementos naturales ciegamente desencadenados: los elementos de destrucción.*

Elementos ciegos, tal es la primera fuerza motriz de la revolución, tal es su prólogo y su comienzo. Son los procesos ciegamente desencadenados los que la inician.

La destrucción general es el fermento activo de esos elementos. Impulsa y sostiene ese proceso ciego que dura el lapso de tiempo necesario. Y si no hoy, más tarde, la revolución comenzará por una destrucción semejante. (Notemos incidentalmente que el potencial *de creación, de construcción,* es siempre propio de las masas; pero que dada su ceguera y otras propiedades negativas, esa capacidad no se manifestará inmediatamente. La primera parte destructiva de la revolución social no puede ser más que un proceso ciego. En cuanto a su parte *creadora* no será en un alto grado un acto *consciente* cuyos elementos fundamentales serán definitivamente elaborados y difundidos en las vastas masas precisamente durante el proceso destructivo. La fuerza creadora de las masas brotará, pues, más tarde, y su misión no se manifestará más que en el desenvolvimiento ulterior de la revolución social).

Tal es mi "optimismo" y el "pesimismo" de algunos. A fin de cuentas, éstos últimos en efecto son pesimistas; no porque crean en la imposibilidad de una revolución inmediata, sino porque en el fondo no creen en ninguna revolución. Si yo soy optimista no es porque crea en una revolución social inmediata, sino porque estoy firmemente convencido de su infalibilidad y de su necesidad, y porque me represento claramente su palanca. Y en cuanto a la destrucción actual, en mi opinión, da una razón ciega para creer que el *factor ciego, fatal, hará* esta vez su labor hasta el fin y abrirá de par en par las puertas a la revolución. Debemos estar dispuestos a hacer todo lo que dependa de nosotros para acelerar y facilitar el crecimiento de la verdadera conciencia de las masas.

Se me dice que la destrucción no es un factor favorable.

Replico: Primero, que los acontecimientos, como se verá, prueban lo contrario. Segundo: que todo depende del *carácter y de los cuadros de la destrucción continua, implacable, completa* y sin salida en las condiciones de las conquistas contemporáneas humanas, materiales y morales, llevarán infaliblemente a la revolución deseada y plenamente fructuosa. El resto se dará por añadidura.

Resumamos:

La destrucción es necesaria para poner en movimiento y lanzar en la revolución las masas humanas oceánicas indispensables a su realización. En tanto que la revolución sea objeto de discusiones y de acciones de grupos humanos apenas perceptibles, la revolución social será imposible.

La destrucción es necesaria para la "gran jornada", ese prólogo esencial de la revolución social.

La destrucción es necesaria para cegar por completo el pantano estancado de la vida rutinaria y transformarlo en océano tempestuoso que debe expulsar de su seno toda la podredumbre acumulada desde hace milenios y dejar el campo libre

a la edificación de una vida nueva. En tanto que millones de seres humanos vivan entregados a los intereses de la cotidianidad, la revolución social es inconcebible.

La destrucción es necesaria para romper la cobarde inercia de esta máquina sólidamente instalada y regulada que se llama hoy existencia humana, para romper la resistencia del viejo mecanismo social, para hacer saltar su vil capacidad de adaptación, para quebrantar, descomponer y trastrocar sus fuerzas defensivas. En tanto que los individuos tengan algo a qué recurrir, en tanto que funcionen las fábricas, las oficinas, los bancos, los almacenes, en tanto que entren los impuestos, que los trenes marchen normalmente, que las calles de las ciudades resplandezcan de vida, que los despreocupados vivan en paz, que los funcionarios sirvan escrupulosamente, que obedezca el ejército, que la policía se muestre celosa, la revolución social no se puede soñar.

La destrucción es necesaria para ofrecer el campo libre a las fuerzas ciegas, para permitir que se despleguen como proceso espontáneo, sin lo cual la revolución social es irrealizable.

Todo lo que precede está perfectamente ilustrado por una serie de ejemplos. El primero de ellos es el *desenvolvimiento mismo de la revolución rusa de* 1917.

Nadie ignora que no fueron los partidos, los grupos, los leaders o las organizaciones conductoras, ni la "cultura", ni los planes conscientemente elaborados los que realizaron la revolución de febrero. Fueron los *acontecimientos ciegos*, una demolición completa y el hambre quienes pusieron en movimiento y lanzaron a la calle a las grandes masas de la capital (Petrogrado), con protestas vagas y una exigencia elemental: "Pan". No pudiendo satisfacerlas el gobierno, los elementos ciegos las impulsaron más lejos. El desastre general descompuso el ejército. La policía se sentía desde hacía tiempo, inestable. La destrucción y la descomposición generales permitieron a las masas de la capital, después de dos o tres días de protestas un poco vagas y primeramente un poco tímidas, comprender la impotencia completa del gobierno y comenzar la revolución (la insurrección). La misma destrucción atrajo a la revolución la simpatía de masas más numerosas de la población, no solo de la capital, sino de todo el país. Masas aún más grandes quedaron en la neutralidad. Toda resistencia se hizo imposible de parte de los gobiernos. El proceso ciego hizo su obra. La revolución comenzo. Luego comenzó el proceso intenso, creador y organizador.

Nada más que *la destrucción continua* barrió inmediatamente al gobierno de febrero.

La instauración de la democracia, de la coalición, el gobierno de Kerensky (abril-mayo de 1917) fueron acogidos con entusiasmo por las grandes masas de la población. La crítica contra el nuevo gobierno y la lucha contra él, al principio fueron cosa difícil. Todavía en julio-agosto de 1917 el hablar públicamente contra Kerensky no estaba desprovisto de peligros. Eran frecuentes casos de linchamiento contra los audaces, aún en las grandes ciudades. A las gentes de cortos alcances les podía parecer por un instante que la coalición democrática estaba solidamente instalada. Habría podido ser así pero la destrucción irresistible y el avance de la revolución que está asociado a ella mataron la coalición sin permitirle afirmarse. Las masas proletarias avanzadas (Kronstadt, Petrogrado), se animaron ya hacia el mes de julio. A fines de septiembre la desilusión fué general y completa. La agitación contra el gobierno adquirió una fuerza formidable. Toda posibilidad de afirmarse, todas sus bases desaparecieron. La ayuda del exterior fué igualmente imposible. En octubre cayeron Kerensky y la democracia. La revolución "comunista" estalló.

Una de las razones principales de la derrota del movimiento revolucionario de 1905-1906 en Rusia consiste, según nuestro modo de ver, precisamente en que los elementos necesarios de destrucción y de espontaneidad faltaban en aquella época. Es la falta de la plenitud en la destrucción, necesaria para el éxito de la revolución social, la que nosotros consideramos como una de las razones profundas por las que la revolución de octubre de 1917 por un lado no dió un resultado completo, y por el otro se hizo sin embargo provisoriamente dueña de la situación. (Hablaremos más detalladamente en otro lugar, en relación con el asunto del rol de los diferentes factores en los destinos de la revolución de octubre).

Es por no haber acabado del todo el proceso destructivo universal que nos explicamos en el fondo el fracaso del movimiento revolucionario en Italia, en el otoño de 1920.

Si la revolución alemana de 1918 no sobrepasó a la democracia y a la coalición, nos lo explicamos por la misma causa fundamental: la destrucción y el proceso ciego y espontáneo que está asociado a ella no fueron bastante lejos para permitir desplegarse a una revolución más fecunda.

Todos estos movimientos revolucionarios y algunos otros de estos últimos años, no son más que etapas en el camino de la revolución social universal, etapas realizables y que dan sus frutos en la medida de la creciente destrucción.

Es la ausencia de la destrucción necesaria lo que retuvo durante todos estos últimos años la revolución en diversos países. Es ahora cuando esta destrucción comienza a verse a la luz del día. Gracias a una serie de motivos, se desarrolla en Europa con una extrema lentitud. De ahí también el avance lento de la revolución europea.

VOLIN

CAMPESINA

Hacía dos horas que marchábamos por el campo, con un sol que caía sobre nosotros como lluvia de fuego; la sed me devoraba. En vano había buscado un arroyo cuya agua cristalina cantase entre las hojas; una fuente dormida en su lecho musgoso...

Y me despertaba, con los labios secos y la garganta abrasada.

—Vamos a Heurtadiére, aquella granja que se ve desde aquí — dijo mi compañero. — El tío Nicolás nos dará buena leche.

Costeamos un campo de avena esmaltado de azulinas y de amapolas y llegamos a un prado en donde dormían varias vacas a la sombra de los árboles; al final estaba la granja. No había en el patio alma viviente, salvo las gallinas, que picoteaban aquí y allá granos de mijo.

Después de haber llamado inutilmente a las puertas cerradas, mi compañero dijo:

—Deben estar todos en el campo.

Sin embargo gritó:

—¡Eh!... ¡Tío Nicolás!

Este segundo llamado no dió más resultado que la fuga precipitada de las gallinas que huyeron cacareando.

Fastidiado, pensaba yo en ir a ordeñar las vacas del prado, cuando una cabeza de mujer asomó por la ventana del granero.

—¿Qué? — gritó la aldeana. —¿Es usted, señor José?... Disculpe: no habíamos oído.

A poco bajó del granero y vino a nuestro encuentro.

Un pañuelo rojo rodeaba su cabeza, dejando escapar algunos mechones grises; una camisa de tela burda y una falda negra componían su traje, completado por toscos zuecos.

—¿Era usted el que llamaba al tío Nicolás? — preguntó a mi compañero.

—Sí; como hace calor y tenemos sed, venimos a pedirle un poco de leche. ¿No está el tío Nicolás?

—¡Ya lo creo que está! — dijo la vieja con un resplandor malicioso en los ojos. El pobre ya no podrá irse. Se ha muerto anoche.

Y como adoptásemos una actitud de circunstancias balbuceando condolencias, agregó:

—Pero no importa... Entren ustedes; así podrán refrescarse un poco y descansar.

Abrió la puerta de la habitación y nos invitó a penetrar en ella.

—Entren... con toda confianza... como si estuvieran en su casa... Ahí está el tío Nicolás.

Entre las sillas estaba el ataud de pino, semicubierto por una sábana basta y amarillenta; al pié del cajón había una mesita y sobre ella ardía una vela de sebo.

Nos sentamos ante la mesa grande que estaba en un rincón y nos miramos un poco aturdidos y sin saber qué decirnos.

Al poco rato volvió la tía Nicolasa con dos jarras de leche que puso con precaución sobre la mesa, diciéndonos:

—Beban toda la que quieran... No la hay mejor en cinco leguas a la redonda.

Mientras traía las tazas y la hogaza de pan moreno, preguntamos:

—¿Hacía mucho tiempo que su marido estaba enfermo?

—No; le vino de golpe. Primero se puso blanco, luego morado; se cayó al suelo, dió un ronquido y se murió.

—¿No llamaron al médico?

—¿Para qué?... La alcaldía nos da el certificado para enterrarlo; no podemos tirar el dinero en tonterías... ¿Pero no beben ustedes?... No hagan cumplidos porque está el muerto... De todos modos él no siente.

—Desgraciadamente — dije.

—¡Qué se le va a hacer! — repuso la campesina. — Hay que resignarse.

—¿Y no hay nadie aquí para velarlo? ¿Y sus hijos? — preguntó mi compañero.

—Había que coger el heno. El trabajo no podía dejarse por esto... Y yo también tengo que preparar la manteca para la feria, y el pan y la comida para todos... ¡Si con suspender el trabajo estándonos en casa fuéramos a resucitarle!

Habíamos terminado la leche y nos despedimos de la tía Nicolasa, poniendo en sus manos algunas monedas.

Ibamos turbados, asombrados, no sabiendo si había que admirar o maldecir aquella insensibilidad ante la muerte: la muerte que hace aullar dolorosamente a los perros y que pone como un sollozo o una queja en el canto de los pájaros junto a los nidos destrozados.

Octavio MIRBEAU

La revolución rusa, la gran revolución, no ha culminado sino en el ansia de dominio, en un materialismo soez, mezclado con una exaltación de credulidad o un desplazamiento de la fe. Creer y esperar en los mesías, tal es el sedimento del espíritu gregario en que se asientan groseramente las multitudes.

KARISTAKOS.

El hombre es capaz de destruir todas las resistencias, de franquear todos los obstáculos, de vencer a la misma muerte. — BERGSON.

El error de los marxistas (y de toda escuela materialista) consiste en olvidar el hecho de que la humanidad es impulsada por el progreso de la conciencia, por un concepto de la vida de más en más claro, correspondiendo a todas las exigencias, pero no por causas económicas.

El Estado es por naturaleza dogmático. El Estado, a pesar de lo que antes pensó Luis Blanc, y pese a lo que ahora piensen ciertos socialistas de autoridad, es siempre reaccionario — A. NAQUET

LA EDITORIAL "LA PROTESTA"

Ha traducido al castellano e impreso, la reciente obra de

SEBASTIAN FAURE

"MI COMUNISMO"

Interesante libro revolucionario que había despertado gran interés en los círculos literarios avanzados de Francia y del extranjero.

¡No debe faltar en la biblioteca de los estudiosos!

Un tomo de 440 Págs.
Precio $ 2.00
Encuadernado en tela $ 3.50

Diríjanse los pedidos acompañados del importe a esta administración.

La Revolución